TRAS LOS RASTROS DEL PAISAJE CULTURAL CAFETERO

POR:
ÁNGELA MORALES CHICA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS, SOCIALES Y DE LA EDUCACIÓN

Universidad CATÓLICA de Pereira

CRÉDITOS

RECTOR
Sacerdote Diego Augusto Arcila Vélez

Facultad de Ciencias Humanas, Sociales y de la Educación

DECANA
Olga Patricia Bonilla

PROGRAMA
Comunicación Social – Periodismo

DIRECTOR
Julián Burgos

ASESOR
Gustavo Colorado

PERIODISTA
Ángela Morales Chica

DIAGRAMACIÓN
Wilson Guerrero

FOTOGRAFÍA
Angela Morales Chica.

La presente revista corresponde al trabajo de investigación Periodística en Profundidad II, presentado para optar por el título de Comunicador Social – Periodista. La información aquí consignada es responsabilidad del autor y de ninguna manera compromete a la UCP.

Derechos Reservados 2015

AGRADECIMIENTOS

Quisiera iniciar estas palabras con un agradecimiento muy especial a la Universidad, por sus enseñanzas durante estos cinco años de carrera.

No puedo dejar por fuera a mis compañeros, que me aguantaron mientras no podía asistir a clases, mientras estaba enferma y más aun, en mis momentos de locura.

A mi papá, mi mamá, Daniel, Andrés e Isabela, que estuvieron siempre presentes, que me ayudaron con todos los trabajos y que son mi mayor fuerza para salir adelante.

A Fabio Castaño y a la revista Destino Café, porque con ellos aprendí lo que no enseña la academia y porque gracias a él, me he ido convirtiendo en la persona y profesional que soy ahora.

Al Paisaje Cultural Cafetero y a su gente.

A ese ser que nos guía desde arriba, porque sabemos que sin Él, nada de esto sería posible.

Gracias a la vida por tanto.

ÍNDICE

SECCIÓN	No PAGINA
• CRÉDITOS	2
• AGRADECIMIENTOS	3
• ÍNDICE	4
• EDITORIAL	5
• **VOCES:** CAFÉ CON AROMA FAMILIAR	6
• **CAPITULO I:** CARICIAS DE ARRIEROS	8
• **VOCES:** UNA PASIÓN DE TALLE ALTO	15
• **CAPITULO II:** FORJANDO HERRADURAS	17
• **VOCES:** A LOMO`E MULA	25
• **CAPITULO III:** A PUNTA DE EMPUJE Y BERRAQUERA	28
• INFOGRAFÍA	37
• **VOCES:** EL CAFÉ ES VIDA	38
• **EPÍLOGO:** PROHIBIDO QUEDARSE QUIETOS	42

NUESTRA REGIÓN, UN PAISAJE CULTURAL CAFETERO

Tras los Rastros del Paisaje Cultural Cafetero nace con la idea de dar a conocer a la comunidad en general lo que significa la declaratoria del Paisaje Cultural Cafetero (PCC) y su vez, la manera en la que este se puede aprovechar para crecer como región.

A través de un trabajo de más de tres años con la revista turística Destino Café, hemos observado que este es un paisaje vivo donde la interacción del hombre con la naturaleza es única y donde el patrimonio material e inmaterial ha de ser preservado para que generaciones futuras conozcan y cuiden de él.

Desde hace cuatro años se cuenta con este reconocimiento y, aunque han sido varios proyectos los que se han puesto en marcha, son muchos otros los que faltan para darle sostenibilidad y mantenimiento a la declaratoria que otorgó la Unesco.

En este sentido, la idea de la revista es generar conciencia en los habitantes del PCC con el fin de hacer un llamado a la institucionalidad para que sigan con los proyectos en pro de la conservación y, sobre todo, producir sentido de pertenencia en la sociedad dirigido a este, el Paisaje Cultural Cafetero, un patrimonio sin comparación ni lugar que irradie la misma esencia.

CAFÉ CON AROMA FAMILIAR

"Me voy a abrir de este hombre. Lo odio, me largo" cuenta Raúl Cadavid, un caficultor quindiano, sobre la frase que escuchó decir a la mujer del agregado de su finca a tan solo quince días de haber empezado el trabajo.

Raúl no esperaba la visita tan temprano. Es casi sorprendente ver a un señor de más de 70 años haciendo pereza a las ocho de la mañana. No obstante, Raúl se muestra alegre de hablar sobre el tema que le apasiona, la cultura cafetera de esta región.

Es de Caramanta, Antioquia, pero lleva más de la mitad de su vida viviendo en Filandia, ese pueblo quindiano que lo recibió con los brazos abiertos en aquella época donde el café estaba en completo auge en Colombia.

Inicia la conversación junto a Marina, su esposa, hablando con gran orgullo de sus hijas y nietos, que no viven con ellos pero están muy pendientes de su vida diaria.

Mientras Marina prepara el desayuno, Raúl se sienta en el sofá de la casa a contar la historia de los agregados que tiene en su finca 'Jamaica', una pareja que ha pasado por altos y bajos y que a veces le afecta el trabajo. Entre risas, cuenta que a los ochos días de conseguirlos, la mujer lo llamó y dijo "me voy a abrir de este hombre. Lo odio, me largo" y cuando bajó a la finca, los dos estaban empacando y salían para municipios diferentes. Luego de un tiempo decidieron volver, pero esta vez, Raúl con tono serio, les advirtió que pedía responsabilidad si querían conservar el trabajo. "Yo no creo que eso vaya a durar" afirma mientras empieza una larga conversación sobre el matrimonio y la vida en pareja actualmente.

Su finca, a tan solo 15 minutos del pueblo, tiene ocho hectáreas y media, donde puede sembrar hasta 16 mil palos de café. Es dueño de este terreno desde hace más de 40 años y recuerda con cariño, el terreno cercano que perteneció a su hermano y donde nacieron sus hijas. En 'Jamaica' tiene café tipo arábigo, borbón, castilla y caturro y, gracias a su arduo trabajo durante estos años, por fin tuvo acceso a un auxilio del Gobierno.

Agradecido y apenado con las otras familias, habla sobre ser una de las 43 personas que recibió un apoyo por valor de 12 millones de pesos en herramientas para la finca, entre los que recibió una guadaña nueva, fumigadora a motor, machetes, palas e incluso 59 bultos de abono y 50 bultos de cal, productos que suelen ser muy costosos.

Afirma que no puede ser desagradecido con la vida en torno a la cultura cafetera. A pesar de las cosas 'maluquitas', ha vivido muchas cosas buenas y es feliz trabajando en este sector. Entre lo bueno que ha pasado últimamente menciona el buen tiempo y la buena cosecha de café pero asegura que no se consiguen trabajadores en ningún municipio del Quindío y esto lleva incluso a perder una gran cantidad de granos.

Mientras habla, Raúl hace énfasis en que "a los jóvenes no les interesa nada irse para una finca" y que este relevo generacional es un tema constante en las reuniones que sostienen las personas que se mueven en el sector cafetero.

Marina juega un papel muy importante en 'Jamaica' porque es ella quien va a las reuniones y quién se convierte en un apoyo sin igual para Raúl. Entre reflexión y reflexión, Raúl, con su pinta cafetera, dice que se demoraron mucho tiempo para crear auxilios para que la gente no se salga del campo. "¿Qué esperanzas por ley de Dios tenemos nosotros de tener alguien que nos reemplace? ¿Qué va a pasar con la finca? ¿Cómo podemos hacer para que los jóvenes vuelvan a las fincas?"
Después del tercer tinto, Raúl sigue preocupado por la poca presencia de los jóvenes en el campo, así se estén ofreciendo precios elevados para contratarlos; precios que siguen siendo de vital importancia para el desarrollo del sector cafetero.

El Gobierno les había prometido a los cafeteros que iba a sostener el precio en 70 mil pesos. Sin embargo, se está vendiendo desde 60 mil hasta 63 mil pesos y, por la sola cogida de una arroba de café, tienen que pagar entre 30 y 35 mil pesos. "Por esto, si usted hace la cuenta, de 20 cargas de café que valen 12 millones, la mitad la tiene que sacar para la sola cogida y, de la otra mitad, tiene que sacar para el resto del proceso del cafetal y para vivir. Entonces ¿Cómo vamos a hacer?" reflexiona Raúl.

Es un hombre que trabaja día y noche. Paciente y perseverante, ha logrado sacar su finca a flote a pesar de los problemas que ha tenido el café a la hora de venderlo y de la falta de buenos trabajadores que cultiven los granos y trabajen bajo el valor de la honestidad.

La cosecha que ya comenzó seguirá hasta mayo y, mientras esté vivo y alentado, Raúl dice que seguirá al frente de la finca porque le apasiona y le ha dado para vivir durante todos estos años. Marina no se queda atrás y dice que seguirá al lado de su esposo hasta que la vida se lo permita.

CARICIAS DE ARRIEROS

Es una calurosa mañana de octubre. El grupo inicia el descenso a las nueve de la mañana hacia uno de los tantos ríos que baña este Paisaje Cultural Cafetero -PCC. Al llegar a la orilla, a pesar de una larga caminata, no hay un solo participante que desee sentarse y descansar. Se encuentran rodeados de un paisaje lleno de verdes,de texturas y de sonidos, además de una tranquilidad que no se siente en la ciudad. Tan solo pasando el río es fácil encontrar las Piedras Marcadas, patrimonio cultural y arqueológico de la región.

Después de recorrer el lugar y tomarse las fotos respectivas con el paisaje, más de uno se sienta para disfrutar de un merecido refrigerio. Hasta ahora, no se siente una sola persona distinta a quienes bajaron con el grupo. De un momento a otro, se oye a lo lejos un rebuzno y a los cinco minutos ven pasar a un campesino con su ropa de trabajo que viene cargando en su fiel amigo, el burro, dos bultos de algún producto que es necesario para alimentar a su familia y mantener la finca en la que vive.

La imagen de ese campesino convertido en arriero es la que devuelve a uno de los espectadores en el tiempo. Hace más de 100 años, cuando los arrieros se arriesgaron a salir en búsqueda de nuevos territorios para construir un mejor futuro y una buena vida para sus familias, encontraron caminos reales y unas vías atosigadas de barro y pantano. A punta de 'zurriago', estos hombres llegaron a lo que conocemos hoy como PCC y empezaron con sus nuevas vidas.

Como buen lector, el espectador recuerda haber leído que, a pesar de que a mediados del siglo XIX, el poder económico y social de Antioquia creció poco a poco por la alta tasa de crecimiento de su población, por la explotación minera, el intercambio comercial y el alto ingreso de exportaciones, las tierras fueron perdiendo su valor para los habitantes y estos se vieron en la necesidad de buscar otros espacios para vivir junto a sus familias.

Uno de los motivos para la movilización de familias antioqueñas, caucanas, boyacenses y tolimenses desde el interior hacia esta región del occidente, fue la decadencia del sector económico en la actual Colombia, desde el siglo XVIII hasta comienzos siglo XX y por esto, la colonización fue uno de los procesos socio económico de mayor relevancia para la historia colombiana.

Antioquia tenía poca capacidad de exportación, las tierras habitadas eran escarpadas y estériles, y la propiedad era de unos pocos, por lo cual los colonos antioqueños no vieron otra opción que emigrar al sur para su subsistencia y expansión, llegando así al PCC.

En las montañas empinadas de los paisajes verdes del país, se empezó a consolidar el café como ícono de la economía nacional. Poco a poco, se unificó una gran parte del occidente colombiano y se mejoraron vías de comunicación para poder exportar el producto que traería riqueza y prosperidad al país en un corto plazo de tiempo.

Así, a medida que la colonización avanzó, comenzaron a levantarse ranchos y a efectuarse mejoras en los terrenos cercanos a los caminos. Luego, comenzaron a aparecer fondas que surtían de elementos de primera necesidad a las fincas cercanas y así, muchas de las poblaciones nacieron alrededor de estas fondas camineras, lugares que daban descanso y comida a los arrieros durante esos periodos de tiempo en que se dedicaban a ampliar sus horizontes.

Ya en ese entonces, conocían lo que era trabajar en equipo. Un gran grupo de habitantes de poblaciones como Aguadas, se unieron para fundar los pueblos a través de convites. Escogían un lote para la plaza principal y muchas personas trabajaban juntas para despejar el terreno; todos seleccionaban un árbol que se destacara y, despejado el lote alrededor de este, se construía el templo, la escuela, la cárcel y la casa de gobierno en sus entornos.

Fue el gobierno quien, a mediados del siglo XIX, dictó una serie de normas a nivel nacional orientadas a estimular la fundación de pueblos. Se trataba de ubicar colonos pobres en tierras que necesitaran ser trabajadas y que, a partir del esfuerzo propio, estos campesinos pudieran apropiarse de ellas. Esto derivó en un periodo de fundaciones y fue en este tiempo donde aparecieron poblaciones importantes como Manizales (1848) y Pereira (1863).

FOTO: ARCHIVO ALVARO CAMACHO

El distrito de Pereira comenzó recibiendo gran número de inmigrantes antioqueños desde 1870 y los vínculos comerciales de Antioquia con esta provincia fueron tan importantes como los que existían con Santa Rosa y Manizales, convirtiéndose en 1880, en el centro de una zona importante que surtía los mercados de Antioquia.
Sin embargo, la actitud hostil de sus residentes hacia algunos antioqueños intrusos y vigorosos, hizo cambiar de propósito a muchos de los que se dirigían a esta población. No fue sino hasta después de 1900, cuando cesó la represalia contra los colonos antioqueños, que se aceptó de mala gana la realidad de la próspera ocupación de las onduladas tierras del Quindío.

Por mucho tiempo, este terreno permaneció como tierra incógnita, conocida únicamente por el camino común que atravesaba las densas selvas de sus márgenes para unir Cartago con Ibagué y que era transitado por colonos españoles. Al pie de la cordillera estuvo la estación intermediaria de Salento, establecida en 1843 como una colonia

penal del gobierno y fue necesario que pasaran más de 30 años para la llegada de inmigrantes antioqueños del norte.

En cuanto al Quindío, una mezcla de fantasía y realidad se extendió como relámpago por Antioquia. La leyenda del tesoro de Pipintá atrajo muchos aventureros que se dirigieron a Salento y, no atreviéndose a volver a sus hogares sin muestras de oro, se establecieron en estas tierras.

Sin embargo, en sus primeros años, muchos municipios quindianos estuvieron dominados por la guaquería hasta la aparición del cultivo del café. El gran empeño que pusieron sus habitantes para sembrar este grano, hizo del Quindío la sección más importante de la república en cuanto al cultivo de este producto. Fueron especialmente Armenia, Calarcá, La Tebaida, Caicedonia y Sevilla, los que prosperaron con el café en estos últimos años, siendo los dos últimos municipios del Valle del Cauca.

En 1938, Armenia se convirtió en una de las ciudades comerciales más importantes de Colombia, por su producción ganadera y cafetera. Por este auge, un número creciente de pobladores llegó a Quindío desde Tolima, Cundinamarca y los Santanderes, precisamente para incentivar el negocio. [1]

SABOR CAFETERO

El trabajo consiste en levantarse antes de las cuatro de la mañana, tomar un breve desayuno que los llene de energía y empezar a trabajar para alcanzar a recoger una buena cantidad de café en estas tierras montañosas. El grano de este producto no se sabe a ciencia cierta cómo llego al país, pero lo cierto es que las mulas, los arrieros y la arquitectura cafetera hicieron de Colombia el país que es hoy en día.

Para conocer sobre esto, debemos devolvernos en el tiempo, hasta el momento en el que se cultivaron los primeros cafetos en los valles de Cúcuta, introducidos por Venezuela y que llegaron luego desde Norte de Santander hasta Bogotá. [2]

Desde la última mitad del siglo XIX se exaltaba el café como un producto de exportación conveniente para Colombia pues incluso Juan Manuel Restrepo, en un folleto de 1856 escribía: “el café único es un producto exportable que puede cultivarse en las vertientes de las montañas de Colombia”.

1 - Fragmento del libro de James Parsons. La colonización antioqueña del occidente colombiano. 1949
2 http://www.cafedecolombia.com/particulares/es/el_cafe_de_colombia/una_bonita_historia/

Caminos largos, climas variables y vertientes irregulares para llegar a las altas cordilleras colombianas, tuvieron que soportar los caficultores para producir excelentes cosechas y vender el café a buenos precios. “Pocos frutos se prestan como el café al cultivo en grande y en pequeño. Si el primero es provechoso, el segundo lo es mucho más. Cada labrador, sin aumentar sensiblemente el trabajo que exigen de él los cultivos del maíz y de la yuca, puede convertir una parte de su campo en un cafetal, procediendo gradualmente” (Ospina Rodríguez, 1880)

A partir de 1880 y con la llegada del cultivo del café, se valorizaron las tierras y se transformó la economía colombiana. Desde Antioquia, se iniciaron las plantaciones por todas las provincias y en 1881, se plantaron algunos cafetos en Aguadas. Por esa época, también se estaba sembrando café en las empinadas vertientes cerca de Manizales y, en 1887 era sembrado por Antonio Pinzón, un santandereano, el primer cafetal de 10 mil árboles en las empinadas montañas de El Águila, a pocos kilómetros de esta ciudad.

En Fredonia, provincia antioqueña, la producción de café en 1888 era de 13 mil arrobas, 10 mil más que las otras provincias y por esto, los trabajadores de las haciendas de Fredonia, que constituyeron una gran porción de los colonos que poblaron las nuevas tierras del sur y el occidente, fueron los autores de la divulgación del conocimiento del café.

De esta manera, en el proceso histórico de conformación del PCC, es posible identificar cuatro periodos. “El primero corresponde a la época prehispánica o precolombina; el segundo, al poblamiento del territorio durante la colonización antioqueña; el tercero, a la expansión de la producción cafetera y, por último, el cuarto período corresponde a la tecnificación de la caficultura. Aunque en cada uno de esos periodos el Paisaje ha experimentado transformaciones, la evidencia disponible permite describir especialmente los cambios registrados a partir del segundo periodo”.[3]

Desde la introducción del cultivo del café, los nuevos pueblos antioqueños cambiaron su orientación minera hacia una escala agrícola en pequeña proporción.

La tradición de una clase de campesino que trabajaba por sí solo, se acomodó a la economía del cultivo del café. Muchos de los cultivadores en pequeño continuaron brindando para su propia subsistencia parte de sus fincas, disponiendo a veces la producción de plátanos, maíz y de frutos del huerto, que transportaban al mercado vecino.

Son precisamente las plantaciones de plátano las que se consideran excelentes para generar sombrío a los palos de café. Los méritos de esta técnica de sombrío en el cultivo del café son variables, pero en la época de la colonización, los antioqueños desconfiaban en que sin tal requisito pudiera existir una verdadera plantación. Plantaciones de maíz, yuca, naranjos, toronjos, aguacates y mangos se convirtieron en árboles de sombra y también en reserva alimenticia para los cultivadores.

3 http://paisajeculturalcafetero.org.co/contenido/la-historia-del-pcc

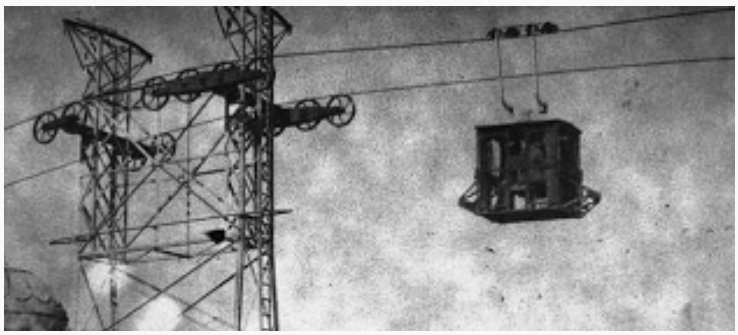
TRES DEPARTAMENTOS, UN MISMO TERRITORIO.

El 'Viejo Caldas', como se conocía el antiguo territorio colombiano entre 1905 y 1966, conformado por los actuales departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío; fue colonizado por arrieros pujantes a mediados del siglo XIX. Estas personas venían en grandes grupos desde Antioquia especialmente y es por esto que el Viejo Caldas guarda similitudes culturales muy estrechas con este lugar, como la personalidad de sus habitantes, el lenguaje, la arquitectura y la cocina.[4] No obstante, hombres que llegaron del Cauca, Boyacá y Tolima fueron también de vital importancia para la creación de estos departamentos.

La creación del departamento de Caldas fue puesta sobre la mesa en 1905, sin tener en cuenta territorios de los departamentos de Antioquia y Cauca y el nombre fue puesto a debate. Luego de algunos meses, por medio de la ley 17 del 11 de abril de 1905, fue creado el departamento de Caldas con capital en Manizales.

El 30 de septiembre de 1908 los habitantes de Armenia, Calarcá, Filandia, Circasia y Salento, que hasta entonces pertenecían al departamento del Cauca, solicitaron la unión al departamento de Manizales que, solo hasta dos años después, volvió a llamarse Caldas.

Los primeros años fueron prósperos para el departamento, pero los conflictos entre bandos políticos no quedaron atrás y, siendo Manizales de gran mayoría conservadora, pasaba por alto a los poblados liberales, en especial durante la toma de decisiones donde debían intervenir representantes de aquellos poblados. De esta manera, en las ciudades de Armenia y Pereira, surgió un grupo de personas que anhelaban la separación de Caldas para poder tener control sobre las decisiones y control de los dineros que financiaban las diferentes obras para el progreso de la región.



Por las diferencias históricas y geográficas de este departamento, pensar en una homogeneidad cultural y en integración política y económica era casi imposible. Las diferencias culturales con los pobladores del valle del Magdalena y la diversidad étnica con los asentamientos de origen mestizo colonial, hacía de la unión un ideal que muy pocos tenían en mente.

Lo que sí es común y tiene presencia en casi toda su geografía, es el cultivo del café, pues es esta economía cafetera la que unificó la mayor parte del territorio. El desarrollo urbano de este producto favoreció los centros de Armenia, Pereira y Manizales según la cercanía a cada una de ellas.

Inicialmente, en Manizales el cable aéreo cumplió un papel muy importante pero posteriormente, el ferrocarril y las carreteras favorecieron el puerto de Buenaventura y la aislaron, trasladándose el epicentro regional de las comunicaciones a Pereira, lo cual favoreció su desarrollo comercial, determinando la vocación económica de cada una de las tres ciudades. Armenia como turística, Manizales como industrial y Pereira como comercial.

A raíz del cultivo del café y el auge de la economía cafetera hubo un rápido desarrollo económico y demográfico de la región, lo que motivó a Armenia a constituirse en un importante epicentro urbano y comercial, razón por la cual los dirigentes de la zona reclamaron la creación de un nuevo departamento. Por su parte, Pereira también vivió un importante auge económico, que la convirtió en un importante centro comercial en la ruta que iba de Antioquia al Valle del Cauca y así empezó el proceso de separación de ambas ciudades.

Los primeros en formar una junta autonomista, en pro de la autonomía y descentralización fueron los quindianos, quienes desde 1954 buscaban la separación de la región de Caldas. Su propuesta fue aprobada el 19 de enero de 1966 y Quindío se convirtió en departamento el 1 de Julio de ese mismo año.

En Risaralda fueron cuatro los proyectos presentados por la junta, los cuales contaban con diferentes municipios y fueron rechazados, en su mayoria por los dirigentes caldenses. El cuarto proyecto constaba de 13 municipios y recibió acogida para ser puesto formalmente en marcha el 23 de noviembre de 1966, día en que entró en

4 http://virajes.ucaldas.edu.co/downloads/Virajes11_9.pdf

vigor Risaralda como el departamento número 21 de Colombia.

Doña Lucia Mejía, relacionista pública de la campaña que buscaba separar Risaralda del departamento de Caldas y quien a su avanzada edad aún está tan lúcida como cuando en aquella época soñó con ver a su departamento separado, afirma que "sí era una necesidad imperiosa partirnos de Caldas como se partió Quindío". Ella cuenta que Gonzalo Vallejo Restrepo, líder de la región, leyó en un periódico "que Quindío había presentado un proyecto de separación y como nosotros estábamos en la mitad, fue vía libre para separar a Risaralda y se juntó con unos señores muy importantes para empezar con el proceso de separar a este departamento".

Se habló de la separación de Risaralda y se volcó el pueblo entero. Las mujeres y hombres, algunos muy humildes, llegaban a la oficina de la campaña y decían "voy a traer este pesito para la fundación de Risaralda" y según doña Lucia, "no hubo que decir nada pues todo el mundo lucho a favor de la creación del departamento por lo cual, en el momento en el que se oficializa la creación, nos enloquecimos. Todo Pereira se amaneció en la calle" y ahora, después de más de 45 años, se ve que no fue una idea descabellada.

45 años tuvieron que pasar para que, a pesar de algunos choques, la región ahora esté unida como nunca. Unida gracias a la declaratoria por parte de la Unesco como Paisaje Cultural Cafetero y que acoge a todos los habitantes de la región que solía conocerse como el Viejo Caldas.

UNA PASIÓN DE TALLE ALTO

Julieta Puerta nunca pensó que después del terremoto que afectó a todo el eje cafetero el 25 de enero de 1999, podría contar una de las anécdotas más extrañas de su vida. Llevaba solo un mes en su nueva casa, cuando el terremoto hizo que su almacén de artesanías en bambú - guadua, ubicado en Córdoba, Quindío, quedara completamente destrozado. En medio del caos, su esposo construyó como pudo un rancho al lado del árbol grande del parque para que ella ofreciera la poca mercancía que rescató.

Un día cualquiera, mientras construía las artesanías que reflejan su talento, llegó un miembro de la Cruz Roja con su esposa y compraron todos los artículos. Doña Julieta se ríe al recordar a la gente diciendo que los habían embargado porque les compraron todos los elementos que tenían al alcance.

Esta mujer viene de una familia trabajadora y constante que, a los pocos años de vida, la trajo a Córdoba, su tierra amada. En este pueblo conoció la felicidad, el amor y la pasión. Tiene 56 años y lleva 20 trabajando con la guadua, esa pieza tan fundamental en la colonización y que hoy en día, tiene más de mil usos registrados en el país. Ella afirma que le ha ido muy bien pues con este trabajo ha conseguido lo que tiene. “Empecé a trabajar con las uñas, por deporte, porque no me gustaba. Ahora ya me gusta, porque con esto tengo mucho o por lo menos, tengo mi casa de dos plantas, mis dos almacenes, mi taller y le di estudio a mi hijo”, expresa.

En 1995, doña Julieta no conocía las mieles de la abundancia artesanal que vivió el Quindío. En ese entonces, tenía un almacén de ropa infantil y, al ver que el trabajo con guadua estaba dando resultado, decidió dejarlo para aprender sobre el tema.

De ese pasado oscurecido por el terremoto solo queda el recuerdo, pues doña Julieta se encarga, junto a su esposo, de sus dos negocios: “Creaciones Arte y Guadua”, ubicado en el Centro Nacional para el Estudio de Bambú – Guadua y el segundo, en el parque del municipio.

Al observarla trabajar, se ve la pasión que pone al crear esos pequeños aretes con palitos de guadua que le toman 15 minutos y suele vender en los dos lugares. Después de pensarlo, afirma que los más complicados de hacer son los collares, que le toman una hora y, lo más grande, son las bandejas y licoreras que le llevan de dos o tres días de trabajo y debe realizarlos con la guadua gruesa.

Es sorprendente el precio al que compra la guadua entera, de seis metros o más. Por tan solo $1000 o $2000 pesos su esposo las consigue en las fincas y de allí, con una buena producción, pueden sacar cerca de 500 mil pesos en los días donde se presente buen flujo de compradores.

Genera cuatro empleos directos con sus negocios y le gusta pasar tiempo en el Centro adjudicado a la Corporación Autónoma Regional del Quindío – CRQ, por su tranquilidad y porque allí, le brindan un apoyo necesario para seguir creciendo laboralmente. Como buen emprendedora, dice que si se dedica a trabajar constantemente y a abrir el negocio sin dudar, le va bien. “Me gusta trabajar porque son muy buenos los resultados” dice doña Julieta al hablar sobre sus artesanías con el bambú-guadua.

Es precisamente la CRQ, la entidad que juega un papel importante en el uso del de este material. Dicho centro, no solo se encarga de realizar actividades académicas sino también de buscar regular el mal uso del elemento. A través de esta institución, doña Julieta consigue los permisos para poder llevar la materia prima a su taller y empezar con el proceso.

Luego de hablar por un buen tiempo, se devuelve en el tiempo y recuerda que después del terremoto llegó mucha gente a comprarle y, gracias a ese trabajo arduo y a unos ‘ahorritos’ que tenía, pudo volver a levantar la casa que hace poco había estrenado y que había quedado, según ella, “torcida, fea y horrible”.

No se puede negar que es una mujer trabajadora y optimista. Con su cabello morado y una sonrisa un

poco tímida, doña Julieta cuenta que no le ve mucho futuro al trabajo con la guadua pues “hay mucho artesano, entonces la gente deja de venir. Córdoba era el pionero en artesanías en guadua pero la gente ha dejado de venir porque ya en todas partes hay talleres. Yo no creo que haya futuro; de pronto para la construcción sí, pero no para la artesanía”.

Mientras habla un poco pausado, dice que ha oído sobre el PCC pero que nunca ha puesto atención a su significado. Uno de los puntos que más le duele es saber que la mayoría de artesanos son mayores, porque los jóvenes no son muy apegados a eso. Su hijo fue quien empezó hace 20 años con el trabajo de la guadua y, como lo dejó tirado, ella decidió hacer uso de las máquinas que compró porque le daba lástima verlas abandonadas. Así, doña Julieta se sonroja al hablar sobre lo que empezó como un deporte y se convirtió en un gusto y en su sustento diario.

Manillas, lapiceros, collares, aretes y portavasos son algunos de los elementos en guadua que realiza esta artesana quindiana, quien se convierte en otra muestra de lo que se construye en este Paisaje Cultural Cafetero con los elementos que se tienen cerca del entorno. Antes de irnos, doña Julieta se despide, pero afirma que quiere seguir viviendo en Córdoba hasta el día en que muera, por todas las bendiciones y felicidades que este pueblo y región le han traído.

CAPÍTULO II

FORJANDO HERRADURAS

Un olor a anís impregna todo el ambiente, los sonidos del tiple se extienden a medida que se llena el lugar. Risas, conversaciones y poemas hacen del sitio un espacio ideal. La música es la protagonista cada noche y, entre copa y copa de aguardiente y ron, las historias son contadas como una vieja canción.

En una esquina de Pereira, una casa sorprende a todo aquel que tuvo la oportunidad de entrar. Llena de música y cultura, cobra vida mientras la luna está en su máximo esplendor, hasta que la luz del sol acaba con la magia de lo que fue una noche perfecta.

Al entrar se podía ver la barra de madera y las paredes verdes, tres habitaciones y una cocina, además de tres mesas en un patio central al estilo de las viejas casonas antioqueñas. Mientras el espectador caminaba entre las mesas, sentía a Luis Carlos González y Eleázar Orrego sonreír con gracia al son de un bambuco de esos que ya no se escuchan.

El territorio en el cual se instaló la colonización y que nos atañe ahora, tiene ciertas tradiciones, hábitos y costumbres que le dan sentido a la expresión general que conocemos como la cultura de la población que ocupa este espacio conocido como Paisaje Cultural Cafetero.

Las formas de expresión de esta cultura hacen que se diferencie y a los habitantes, por ende, los hace especiales. Algunas de estas se encuentran en la manera como se expresan, las palabras que utilizan, los mitos que tienen y las historias que unen al pueblo.

Este territorio, cafetero desde su creación a principios del siglo XIX, fue perfilando una identidad donde los campesinos paisas que colonizaron estos municipios asumieron el reto del café y se convirtieron a una cultura y civilización a partir de lo que percibían y tenían que vivir en aquellas épocas. Al ver que las tierras eran buenas, la forma de ser del campesino se adecuó rápidamente a las necesidades de la caficultura para sobrevivir y el café se convirtió en un factor fundamental del desarrollo del departamento.

En Manizales, dos monumentos consagran la fundación de estas tierras. Uno de ellos es el Monumento a los Fundadores en el barrio Chipre, donde aparece la versión popular del colonizador acompañado con su mujer, con sus bestias cargadas de corotos y su perro; el segundo, se ubica frente al teatro Fundadores, siendo unos obeliscos de mármol negro los que representan a los fundadores de estirpe de la región.

Marta Usaquén, presidente de la Fundación Territorio Quindío afirma que este tipo de representaciones hacen también parte de la cultura "en términos de la relación de los seres humanos con el territorio en el que viven y las soluciones que procuran", porque es de esta manera que se buscan en esa relación las dificultades que han tenido que sortear, para ver hasta donde han llegado las diferentes manifestaciones culturales que surgen a partir de los diversos casos.

Teniendo en cuenta que no es una cultura homogénea la que vive en el territorio cafetero, pues no llegaron solo antioqueños sino que también llegaron habitantes del altiplano cundiboyacence y de los santanderes, vemos que aquí confluyen distintas formas de vida y surge una población resultado de muchos cruces. Aunque la cultura dominante sí llegó desde los antioqueños, por su personalidad trabajadora y simpática, las relaciones se construyeron entre todos y se generaron mezclas muy importantes para que aparecieran ciertas manifestaciones culturales que hoy conocemos como propias del PCC.

BAJO EL MISMO TECHO

Para Carlos Arturo López, ex gobernador de Risaralda, la primera de ellas está relacionada con la utilización de la guadua como un elemento que soluciona muchas carencias. Según López, "cuando el campesino antioqueño llegó al eje cafetero se encontró con algo que en Antioquia había muy poco y casi no se usaba que era la guadua".

El campesino cafetero de la colonización inició construyendo su vivienda con guadua y poco a poco la convirtió en una casa digna, por lo cual una parte fundamental de la definición de la identidad cultural del eje cafetero fue la guadua asociada al café porque con este material se hizo desde el acueducto hasta la vivienda misma de las familias cafeteras y, muchos muebles y utensilios que hacían parte de

esta, fueron construidos con este mismo elemento.

Y es precisamente porque el PCC no solamente es café, sino que también se generan alrededor de la finca cafetera y campesina, productos como la caña, la panela, el procesamiento del café en forma artesanal, la guadua para construir y otras actividades, que estas se convierten en manifestaciones culturales que surgen a partir del desarrollo de la región y de la gente que vive en estas latitudes.

La arquitectura es una de esas características peculiares de la región cafetera. Según Álvaro Acevedo Tarazona, y teniendo en cuenta que uno de los atributos principales del Paisaje Cafetero es el patrimonio arquitectónico; en la evolución de la arquitectura antioqueña del actual eje cafetero se pueden identificar tres épocas: "La primera, la casa en rectángulo y en L, que utiliza los materiales de la región; la segunda, en la que aparecen la guadua en esterilla cubierta con pañete y las casas de dos pisos; y la tercera, las casas republicanas posteriores a 1920".

Durante el proceso de ocupación territorial que generó la migración desde Antioquia y Cauca, y en el que la fundación de ciudades cumplió un papel fundamental, se generó "la particularidad de implantar un urbanismo sobre topografías quebradas y laderas, muy por encima del nivel de ríos y valles, como una consecuencia de haberse generado al lado de los caminos de herradura, los cuales usualmente transcurrían por las cuchillas de las montañas" como sostiene Jorge Enrique Osorio, arquitecto y docente pereirano.

En su estudio sobre el patrimonio arquitectónico risaraldense, llega a la conclusión de que "se destacan los edificios de bahareque coronados por cubiertas en teja de barro, de las que se proyectan los aleros; estos de definen como elementos fundamentales para la composición de un paisaje urbano, cuyas unidades edilicias se organizan en muchos casos de manera escalonada, generando una sinfonía de perspectiva" pero, teniendo en cuenta esto y la observación de los municipios que hacen parte de la región, se entiende que sucede lo mismo en la mayoría de estos pueblos.

Es precisamente por relatos que reafirman la existencia de patrones comunes a toda esta región como el que escribe Eduardo Santa, que podemos

FOTO: ARCHIVO JUAN MANUEL SARMIENTO

llegar a la conclusión de que los pueblos del eje cafetero tienen arquitectura similar: "sus casas son de uno o dos pisos, de madera y teja de barro, conaleros protectores de la lluvia, ventanas y puertas de cierta simetría, generalmente pintadas con colores muy vivos" [1]

Una fusión entre los patrones culturales españoles y la cultura indígena asentada en este territorio, adaptado también para el proceso de cultivo del café, es lo que se puede percibir en la arquitectura típica de los asentamientos urbanos en esta región. Las casas funcionan como unidades de vivienda y como centros de actividad económica, con muros construidos en el dinámico sistema constructivo del "bahareque", y cubierto por una capa de bambú bien conocida por su resistencia y maleabilidad.

Pereira, construida en las orillas del río Otún por familias campesinas que empezaron a hacer sus hogares en estas tierras, contaba, en un principio con casas de un solo piso, pues de esta manera, era más simple la entrada y salida a los hogares tanto de personas, como de todo tipo de animales y herramientas.

Acevedo escribe sobre el patrimonio arquitectónico que "las viviendas de la colonización antioqueña poseen salas, cocinas y comedores amplios y bastantes habitaciones para albergar a las familias nucleares numerosas y/o a las familias extensas que pertenezcan al árbol genealógico familiar" porque, de esta manera, armonizaban perfectamente con las fachadas que se creaban con la intención de llamar la atención de los extraños.

En el Quindío todos los pueblos eran de arquitectura tradicional. Como a este departamento llegaron

1 Paisaje Cultural Cafetero. Estudio a Risaralda. 2008

pobladores de otras regiones, se construyó con los materiales que se tenían a la mano y se edificaron los pueblos con arquitectura digna de vivir pero que no era la más hermosa ni tradicional. En los años 50, estos pueblos se avergonzaron de esta arquitectura y la tumbaron. “Es un milagro que se haya conservado lo que se conserva en Filandia y Salento pero no hay mayor cosa. Lastimosamente tumbaron las fachadas y pusieron fachadas de material, algo complicado porque las cargas son distintas para cada arquitectura”, como afirma Marta Usáquen. Aunque por dentro, las casas eran semejantes a las casas del pasado, por fuera eran con fachadas de material, lo cual hizo un gran daño al patrimonio de estos municipios.

CÁNTELE A MI TIERRA

La música y la danza de los macheteros han acompañado durante todas las épocas a los habitantes de la región. El bambuco, aunque se conserva hasta este momento, ha tenido que adaptarse a las nuevas circunstancias. La danza, por otro lado, se ha convertido en un elemento aprovechado por el sector turístico pero que ya poco se practica en los pueblos.

El bambuco hace parte de la música tradicional del PCC, especialmente en Risaralda. Aunque como música tradicional folclórica, el bambuco no es de la región, ha estado ligado a la fundación de Pereira desde los inicios porque no solo es el ritmo que estaba de moda en el momento en que llegan a poblar la ciudad, sino porque quienes llegan a realizar este proceso, están relacionados directamente con este compás musical.

Diego Tabares, gestor cultural de Pereira, cuenta que en la ciudad existen dos momentos distintos, producto de dos procesos de colonización diferentes. “Se canta y se enamora con bambuco y se baila pasillo, baile bravo y aires decembrinos”. No obstante, el bambuco es más reconocido porque ha sido uno de los géneros más importantes del repertorio colombiano y ha sido nombrado como emblema nacional.

El bambuco forjó su identidad más o menos a los 50 años de haber surgido en los territorios que hoy ocupa el departamento del Cauca. Así pues, este aparece durante la época que antecedió la campaña libertadora, en un territorio donde había haciendas grandes donde se producía caña y se sacaba oro, y donde la tierra era trabajada por esclavos, exactamente en la década de 1800 a 1810.

FOTO: HUGO GRAJAES

En sus orígenes, el bambuco estuvo asociado a la música militar pues surgió a partir de la necesidad del campesino y del esclavo de crear una música propia que subiera los ánimos en el campo de batalla. De esta manera, fue un ritmo rechazado por las clases altas y por la iglesia, debido a su relación con las clases bajas y la percusión. A pesar de esto, con el paso del tiempo se convirtió en lo que hoy conocemos como el ritmo insignia y llegó a estar presente en toda la geografía andina.

Hace 74 años, se musicalizó el primer bambuco con letras del maestro Luis Carlos González en Pereira,en uno de los lugares más representativos de la ciudad por la carga de historia que tenía y por lo que significó, no solo para la ciudad sino también para el crecimiento de este género a nivel nacional e internacional.

Estamos hablando de 'El Páramo', ubicado en una esquina de la vieja Pereira,exactamente en la carrera séptima con calle 15, donde una casa llena de música y cultura, recibía a todos los transeúntes que pasaban por allí con un trago de alcohol y un cálido abrazo.Justo ahí fue el comienzo de lo que sería una gran ciudad. Fue en ese lugar donde se gestó lo que hoy conocemos como Pereira, una ciudad guiada hacia el progreso. Personalidades de este rincón del país encaminaron pensamientos e ideales para construir la región que hoy recuerda con nostalgia lo que fue El Páramo.

"Era un lugar de reunión, donde se podía encontrar el mejor ambiente después de una larga noche de fiesta. Allí me podía encontrar con todos mis amigos y escuchar la música de artistas de la ciudad. Aún recuerdo con emoción cuando después de unos traguitos me llenaba de valentía para llevarle una serenata a la mujer que amo y que acompaña mis días" recuerda Jairo Cortés, un pereirano de 62 años embriagado con el recuerdo de lo que empezó como una pequeña casa de bahareque vieja y terminó convirtiéndose en un hito para Pereira.

Eleázar Orrego Orrego, fundador de El Páramo, empezó en 1917 una tienda de abarrotes en una Pereira con calles empedradas y donde las casas eran de un solo piso, ofreciendo al público la cerveza artesanal hecha por él mismo a la que llamó 'La macha', la cual "dejaba a los que la tomaban bizcos por la borrachera", como afirma su nieto y heredero de la tradición de El Páramo, Jorge Eliécer Orrego Morales.

Eleázar estuvo al frente del negocio 21 años y cuando falleció, su hijo Eleázar Orrego Montoya, a quien llamaban 'Zaro', quedo a cargo del lugar a donde empezaron a llegar distinguidos músicos del país, junto con su gran amigo, el poeta pereirano Luis Carlos González. Fue él quien se encargó, a través de sus versos, de narrar el diario acontecer de los pereiranos con metáforas que inculcaban conceptos de libertad, igualdad y fraternidad.

"Llevaba sus versos a los músicos del negocio y ellos se encargaban de ponerle la música" cuenta don Jorge, recordando su infancia transcurrida en ese bohemio lugar. Una infancia que estuvo rodeada de músicos, ya que su crianza estuvo a cargo de su padre, quien permanecía en el lugar.

Lo que solía ser antes un evento que reunía a todas las familias, ahora ha perdido su fuerza. La tradición cultural que significaban las serenatas se ha ido acabando, no por gusto sino por otros géneros que se han ido popularizando entre los pereiranos.

Ahora quedan pocos tríos, aunque la cuadra que se referencia como El Páramo está llena toda las noches de personas que ofrecen algún show musical, sin que la gente conozca realmente de donde viene este nombre.

En las generaciones actuales, no existe ese legado, pues los jóvenes relacionan el páramo con la definición geográfica o a duras penas, con la esquina donde se encuentran algunos grupos musicales, donde predominan los mariachis y los tríos de boleros.

Debido a los momentos de felicidad, a las amistades que nacieron allí, los legados que dejaron poetas, cantantes y compositores para Pereira, no solamente se debe reconocer el lugar como lo que fue, sino como lo que significa para las personas que vivieron noches de esa época en medio de acordes y versos de amor.

MUSA MONTAÑERA

A pesar de que no se mencionan a las mujeres en este relato, se sabe que el bambuco en sus orígenes y aún ahora, está ligado a las mujeres que trabajaban en el campo, no solo por sus esfuerzos diarios sino por ser la musa de inspiración de los cafeteros y habitantes del territorio.

En el caso de la región cafetera se conocían como 'chapoleras' y pocos son los jóvenes de hoy que saben el significado de esta palabra. Oscar Arango, profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira, sostiene que "las chapoleras son un caso donde, a través de una vestimenta, se identifican unas personas que desarrollan cierto tipo de actividad pero que, como tal, ya no se ven en la vida cotidiana".

No obstante, estas mujeres trabajadoras estuvieron siempre al lado de los trabajadores de los cultivos del café y fueron ellas las encargadas de traer a la región las comidas que llenaban de fuerza a quienes dedicaban sus días enteros a recolectar este grano tan productivo.

De esta manera, las cocinas tradicionales son un ámbito por excelencia del saber femenino. "Cada sistema culinario, con sus recetas, platos y formas de consumo, se remite a una tradición y un universo simbólico particular y un 'orden culinario' que contiene reglas de comportamiento, prescripciones y prohibiciones culinarias, rituales y estéticas particulares", sostiene Rosahelena Macía Mejía, cocinera docente de la Fundación Escuela Taller de Caldas.

Por alguna razón, las personas mayores de esta época están acostumbradas a madrugar. La mayoría de estos campesinos debían despertarse temprano para empezar con el trabajo a las cuatro de la mañana y por esto, la cocina local no se guiaba por un criterio gastronómico o de placer sino que era algo práctico para poder cumplir con las obligaciones de alimentar a los trabajadores desde esta hora, darles a las cinco los 'tragos' y a las cinco de la tarde

FOTO: HUGO GRAJALES

hora en la que comían, alimentarlos con productos que los dejaran satisfechos.
en la que comían, alimentarlos con productos que los dejaran satisfechos.

Según Rosahelena Macía, "las cocinas tradicionales como patrimonio cultural tienen como principales características que son el resultado de un largo proceso histórico y colectivo al interior de cada familia" pues incluso cada cocina tiene su proceso: a cocinar se aprende haciendo. Para ella, las cocinas tradicionales expresan la relación con el contexto ecológico y productivo del cual se obtienen los productos que se llevan a la mesa. De los productos que se obtengan por la oferta ambiental regional dependen los platos que se preparan. Se cultivaba plátano como sombrío del café, "pues claro, ponemos plátano en la comida. De Antioquia viene la emoción de los frijoles, servimos frijoles. Cultivamos maíz, hacemos arepa. Traemos el arroz del Tolima que esta cerquita" es lo que dice Martha Usaquén cuando habla sobre las cocinas tradicionales.

FOTO:FINCA LA BODEGA SLOWFOOD

Alrededor de las cocinas se fomentaban valores como la generosidad y la solidaridad entre las personas además de unir a las familias a través de sentimientos de identidad y pertenencia. Como el objetivo era alimentar a los trabajadores con productos que los mantuvieran activos en su día, las comidas tenían una proteína vegetal poderosa y al momento de servirse, había todo tipo de opciones para que los trabajadores se sirvieran lo que producía la tierra, cosechado en la misma finca y que les brindaba energía para trabajar en los horarios respectivos al trabajo de campo.

En ese entonces, en la mesa del comedor no sólo se consumían alimentos, sino que también, el hecho de sentarse a la mesa era un momento para compartir alegrías, vivencias, historias e intercambios que poco a poco tejieron nuestra identidad cultural, por lo cual podemos llamar a la cocina tradicional como un hecho cultural, una tradición viva que se transmite entre generaciones y que, con el paso del tiempo es lo que nos convierte en lo que somos.

Por lo tanto, nuestra historia también puede ser rastreada a través de la herencia culinaria. La cocina tradicional del PCC tiene profundas raíces en la cultura del Cauca y de Boyacá, dando como resultado una mezcla entre varios tipos de culturas que generan una “comida montañera, llena de adaptaciones, mezclas y resabios locales” como dice Macía.

A pesar del esfuerzo de algunas personas, son las chapoleras, los arrieros, particularidades de la cocina, los tejidos, los mitos y las leyendas y hasta los momentos de trova, algunas de las manifestaciones culturales que se han ido perdiendo por varias razones. Una de ellas es el relevo generacional por lo cual, es necesario buscar incentivos y formas de garantizar la sostenibilidad de estas actividades para no perder las tradiciones con la llegada de nuevas expresiones culturales.

FOTO:FINCA LA BODEGA SLOWFOOD

A LOMO'E MULA

"Nerón, va y me trae a la SUAVECITA sin írmela a morder" se acuerda José Valencia que le decía a su perro para que trajera a la mula que más quiso en su época de arriero.

Detrás de la puerta verde y alta, se esconde toda una historia que los habitantes del PCC deberíamos conocer pero que don José, su propietario, a pocos deja ver, no porque no quiera, sino porque algunas personas y en especial los gobernantes, lo han desilusionado.

Don José es arriero de nacimiento. Desde los cinco años empezó a trabajar con su padre y hoy en día, por medio de los elementos que conserva, le hace un gran homenaje. Nombra a don José Valencia, con el respeto más grande que un hijo puede ofrecer y recuerda cómo se crió en el mundo arriero. Aunque fue un trabajo duro, afirma que era necesario hacerlo y que, gracias a los ocho bueyes y las seis mulas que tenía su padre, pudieron traer desde el muelle elementos para construir estos pueblos de tradición cafetera.

Nació en la vereda Santa Teresita en Filandia en 1938. Siendo el cuarto de siete hermanos, creció en medio de una familia humilde con un fuerte amor hacia el trabajo. "Un hombre como era mi padre, guapo y trabajador, nació en 1900" y sigue hablando sobre él hasta que se acaban los adjetivos.

Cuenta que los arrieros, con sus pies descalzos o con alpargatas, caminaban largas horas junto a sus mulas. Vestían de pantalones arremangados generalmente hasta la rodilla y cubiertos con un delantal corto y de lona gruesa que denominaban "tapapinche". Usaban también un poncho delgado, sombrero de caña y un carriel donde guardaban todo lo que el camino pudiera pedir: jabón, espejo y peinilla, un par de dados, una imagen de la Virgen del Carmen, tabacos y cartas de amor que cubrían un mechón de cabello de la mujer amada.

Después de largas y fatigosas jornadas, los arrieros paraban a descansar en fondas o posadas para preparar la comida e iniciar la tertulia con otros arrieros. A don José lo acompañó Leonidas Gálvez, a quien nunca le falto la guitarra para la tarea diaria y, mientras se preparaban, animaba con sus dulces canciones. Llegar a estos lugares no era posible sin los animales de labriega que servían para el trabajo pero también para la compañía: el burro, que aportó la resistencia; el caballo, la habilidad y la inteligencia; la mula y el buey.

Aunque la arriería fue la industria más rentable del pasado en los pueblos cafeteros, pues fueron utilizadas en el desarrollo del país para movilizar el café, para abrir caminos y mejorar nuestros sistemas de transporte, ahora la mayoría de arrieros, como don José, sufren de hernias y viven de lo poco que consiguen pues hay muy pocos arrieros que transporten café, plátanos o frijol desde las fincas hasta los pueblos. “Este trabajo se deterioró mucho por tanta carretera y la escasa producción del café” dice don José al hablar de la labor como arriero.
Tiene colgado en la pared el atuendo típico. Las alpargatas o cotizas; sandalias fabricadas en fique, tela burda, lona resistente o cuero; el poncho o mulera, un retazo de tela rectangular, utilizado por el arriero para proteger su rostro y su cuello del frío; el tapapinche, una especie de delantal grueso de cuero o lona, utilizado para proteger el pantalón; el sombrero antioqueño o aguadeño; su zurriago, el látigo con que se estimula la mula o el animal carguero; el machete o peinilla y el carriel, esa especie de bolso de cuero que colgaban al hombro y que estaba elaborado con piel de nutria.

De los elementos que cargaban en el carriel, don José conserva un 80% que coleccionó durante toda su vida como arriero. Estos están expuestos en una vitrina que se logra observar al subir los dos escalones que lo separan de la calle. Allí se ve desde el primer jabón con olor que llegó desde Estados Unidos, pasando por las agujas necesarias y elementos de aseo, hasta la primera candela que llegó desde Francia para prender el tabaco. Sonríe al sacar con cuidado la cuchilla de afeitar que usó su padre y que se veía fácil de manejar pero que él nunca logró controlar.

Estos elementos, que llegaban por el Pacífico en cajas grandes, eran repartidos por todo el país gracias al trabajo de los arrieros que trajeron mercancía por estos caminos para llevar a ciudades

como Manizales, Ibagué y Bogotá.

Don José también se considera gestor cultural, compositor musical y coleccionista de antigüedades. En su libro, 'Arriero, pionero del progreso en Colombia' y el cual vende para tener "unos pesitos con los que vivir", afirma que aunque la topografía era brusca, la inclemencia del tiempo no era ningún obstáculo para las largas jornadas que se iniciaban desde diferentes veredas llevando panela o café, en el año 1945, hasta Filandia y otros municipios.

El arriero, en un tiempo que no habían escuelas, tenía una inteligencia única, talento, guapeza y resistencia. Como se puede observar en don José, el arriero era de temperamento fuerte pero tenía paciencia y manejaba bien el lenguaje, como lo hace aún ahora, mientras habla de lo que tuvo que pasar para lograr la declaratoria del 19 de julio como el día municipal del arriero en su municipio.

Todo esto lo cuenta desde la pequeña habitación que tiene en arriendo a una cuadra de la plaza. Allí el espacio alcanza para una cama sencilla, los elementos que atesora con el alma, una pequeña mesa para comer y el baño. Don José se lamenta porque "el que no hizo las cosas es el que tiene y yo, en este momento, no recibo nada de nadie" y a continuación, hace una petición especial: ser ubicado de una manera más digna en el municipio y que el Comité de Cafeteros dirija sus proyectos a quienes realmente los necesitan.

Sus dos hijos, uno sargento y otro trabajando en el Congreso de la República, están pendientes de él pero, como viven lejos, lo que don José siente es la falta de compañía. Él y muchos otros de estos hombres "berracos", como se les llama en Antioquia, se convirtieron en esos individuos fuertes que colonizaron nuevas tierras y fundaron pueblos gracias a su tenacidad y valentía de explorar nuevas latitudes. Fueron de gran importancia para el desarrollo de esta región montañera, aunque las nuevas generaciones solo vean en ellos una leyenda paisa de sombrero, ruana, carriel y alpargatas.

"De ellos debemos aprender el amor al trabajo, que fue lo que nos enseñaron y practicaron los arrieros; la solidaridad, el respeto por los demás, incluso los animales y por sí mismo, la honestidad y sobre todo la alegría. Al arriero por lo general no se le veía triste, vivía contento con todo lo que hacía y todo lo que vivía", comenta Rafael Alonso Mayo. [1]

Con tesón, abriendo trochas, luchando contra la maleza, desafiando los rigores del tiempo, venciendo ásperos obstáculos, rompiendo la montaña y probando la resistencia del cuerpo, el arriero fue el verdadero constructor del progreso colombiano. A él debemos el transporte de alimentos, materiales de construcción, medicinas, carga de conocimientos de generaciones pasadas y de las sanas costumbres que poco a poco se han ido perdiendo.

Y don José, sigue de pie, después de tantos años de tristezas, esperando que se cumpla en el municipio el día del arriero para así poder hacer un homenaje a sus compañeros y seguir viviendo tranquilo en un pueblo que, a pesar de todo, le ha dado momentos de felicidad que tanto ha necesitado.

Afirma que no deja tomar fotos a su museo porque espera poder crear conciencia en la administración y que se le haga un reconocimiento especial a su colección antes de ser mostrada al público.

1- http://www.elmundo.com/portal/pagina.general.impresion.php?idx=52979

A PUNTA DE EMPUJE Y BERRAQUERA

¿Usted cree que la declaratoria a la región como Paisaje Cultural Cafetero va a traer algo bueno?

- *"Pues si de pronto funciona y le invierten a lo que es el agro, pues sí. Porque si solamente lo van a usar para atraer recursos a los municipios o a la ciudad y lo van a gastar en otras cosas que no tengan que ver con el agro, nunca va a tener efecto".*

Así responde German Murillo, caficultor de Neira, Caldas. Es un hombre que ha dedicado la mitad de su vida a trabajar con el café y que tiene su finca en la vereda Puerto Rico, rodeada por plantaciones de plátano y frutales típicos de nuestra región. Don Germán es un caficultor simpático que no olvida sus raíces y quien espera seguir dedicándole a este producto sus energías.

Se nota la nostalgia en sus ojos al hablar del poco apoyo que recibe por parte de los jóvenes de la comunidad rural y de la institucionalidad pero también se esboza una pequeña gota de esperanza al hablar sobre lo que puede traer la declaratoria como Paisaje Cultural a la zona cafetera.

Risaralda, Quindío, Caldas y Norte del Valle, conocidos anteriormente como el Viejo Caldas, tienen desde Junio del 2011 un reconocimiento a nivel internacional. Se trata de la declaratoria como Paisaje Cultural Cafetero (PCC) de la Humanidad por parte de la Unesco.

Con la finalidad de orientar a los pueblos en una gestión más eficaz de su propio desarrollo, a través de los recursos naturales y los valores culturales, sin que por ello se pierdan la identidad y la diversidad cultural, la

Unesco le asigna un nombre especial a sitios específicos del planeta que merecen ser conservados y preservados. Estamos hablando de Patrimonio de la Humanidad o Patrimonio Mundial, título que pueden recibir bosques, cuevas, desiertos, complejos arquitectónicos, rutas culturales, paisajes culturales o ciudades que son incluidos en una lista administrada por un Comité compuesto por 21 Estados miembros elegidos por la Asamblea General por un periodo determinado.

El objetivo del programa es catalogar, preservar y dar a conocer sitios de importancia cultural o natural excepcional para la herencia común de la humanidad. En el 2014, el catálogo tenía un total de 1007 Patrimonios de la Humanidad, de los cuales 779 son culturales, 197 naturales y 31 mixtos, distribuidos en 161 países.

En 1992, con motivo del vigésimo aniversario de la Convención, el Director General de la Unesco creó el Centro de Patrimonio Mundial unificando los sectores cultural y natural, momento en el cual, tras la revisión de algunas estrategias, surgen los paisajes culturales. Estos representan las obras que "combinan el trabajo del hombre y la naturaleza", de acuerdo al Artículo 1 de la Convención. [1]

A partir de este momento se definen tres categorías de paisajes culturales en la guía para la implementación de la convención del patrimonio mundial: Los paisajes claramente definidos, diseñados y creados intencionalmente por el hombre; y los paisajes evolutivos resultantes de condiciones sociales, económica, administrativas y/o religiosas, que se han desarrollado conjuntamente y en respuesta a su medio ambiente natural, de la cual se dividen dos subcategorías: un paisaje vestigio, en el cual el proceso evolutivo llegó a su fin; y un paisaje activo, continuo en el tiempo, que sigue teniendo un papel social activo en la sociedad contemporánea, conjuntamente con la forma tradicional de vida.

De estos, existen una gran variedad de paisajes representativos en las diferentes regiones del mundo. Trabajos combinados de la naturaleza y la humanidad, que expresan una larga e íntima relación entre los pueblos y su entorno natural; sitios que reflejan técnicas específicas de uso de la tierra que garantizan y mantienen la diversidad biológica.

Para revelar y sostener la gran diversidad de las interacciones entre los seres humanos y su entorno, para proteger las culturas tradicionales vivas y conservar las huellas de aquellos que han desaparecido, estos sitios, llamados paisajes culturales, han sido inscritos en la lista del patrimonio mundial.

En Colombia, existen otros lugares declarados como Patrimonio de la Humanidad y solo uno declarado como Paisaje Cultural: el Paisaje Cultural Cafetero. La región colombiana declarada como PCC, ubicada en las cadenas occidental y central de la Cordillera de los Andes, al oeste de Colombia, está conformada por un área que comprende 51 municipios en total: 47 municipios en el área principal y cuatro como área de amortiguación, con 411 veredas en donde viven más de 80 mil personas.

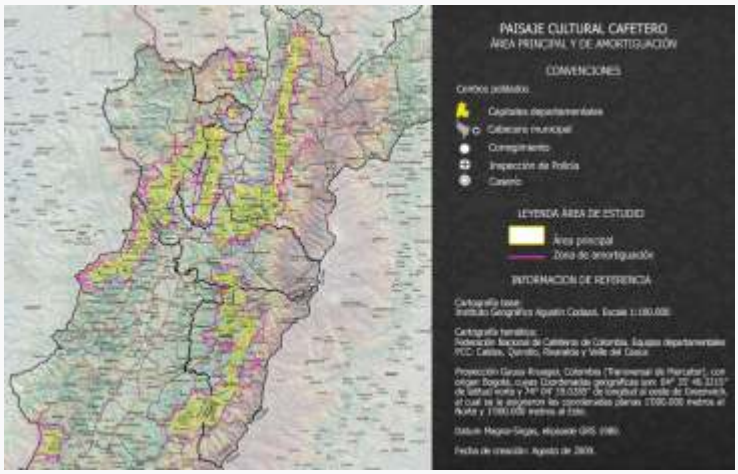


IMAGEN: PAISAJECULTURALCAFETERO.ORG

Para la Unesco, "el Paisaje Cultural Cafetero de Colombia es un ejemplo excepcional de paisaje cultural sustentable y productivo único que representa una tradición que constituye un símbolo poderoso tanto a nivel nacional como para otras zonas cafeteras del mundo. Estos paisajes son reflejo de una tradición centenaria que consiste en cultivar en pequeñas parcelas de bosque alto y del modo en que los cafeteros adaptaron el cultivo a las condiciones difíciles de la alta montaña".

Pero, para llegar a esta declaratoria, fueron 16 años de intensa lucha, como afirma Juan Manuel Sarmiento, arquitecto y profesor de la Universidad Nacional de Manizales, quien hizo parte del grupo que propuso la idea que llevo a este proceso.

Para entender cómo se llega a este punto es interesante conocer la historia completa desde el testimonio de este académico.

1 http://whc.unesco.org/en/culturallandscape/

"En el año 1990, el alcalde de Salamina recibió comunicación de Colcultura, entidad que tenía la labor que tiene el Ministerio de Cultura en este momento, sobre una reglamentación que deberían hacer los centros históricos que habían sido declarados como monumento nacional según la Ley 163 del 59, pues el centro histórico de Salamina fue declarado como tal en 1982 junto con Aguadas y Pácora aquí en Caldas y otros centros en el país.

De esta manera, un profesor de Manizales de la facultad de arquitectura de la Universidad Nacional fue a Salamina y vio que habían problemas, entre ellos, que los propios habitantes no sabían ni estaban enterados de que eso estaba declarado como centro histórico.

El alcalde dio su aprobación para hacer la reglamentación, que tuvo un costo cinco millones de pesos. Ese fue el abrebocas para la escuela de arquitectura de la Nacional y con el grupo de patrimonio, Hernán Giraldo, un arquitecto, se dedicó a hacer el estudio de Salamina para realizar este trabajo que permitió conocer Salamina e introducirse en un tema que no había sido estudiado en Colombia: la arquitectura nuestra que correspondía a finales del siglo XIX y siglo XX y que después se dio a llamar arquitectura republicana.

Después de reconocer el bahareque, la tapia, la estética de la ebanistería, momento en el cual descubren a Eliseo Tangarife, maestro de la ebanistería, se entrega la reglamentación. En esa época existía el Consejo de Monumentos Nacionales que era la máxima autoridad a la que el gobierno nacional le recomendaba las declaratorias del patrimonio cultural de la nación, motivo por el cual, en cada departamento, existían los centros filiales del concejo de monumentos nacionales y a este centro tenían que llegar todas esas propuestas sobre el patrimonio que iban a ser estudiadas o aprobadas antes de ir a Bogotá.

Yo, en 1992, era el director del centro filial en Caldas y por ese entonces recibí, de la Universidad Nacional, la reglamentación para estudiarla, avalarla y mandarla a Colcultura para que allá fuera aprobada y luego devuelta a la alcaldía del municipio para la aprobación del consejo municipal y la puesta en práctica de la norma.Pasando por todas estas manos, quedamos maravillados con Salamina. Para esas alturas, ya se había declarado el centro histórico de Cartagena como patrimonio de la humanidad y estaba en proceso Mompóx, entonces en la filial se nos ocurrió que el centro histórico de Salamina era muy importante para proponerlo ante la Unesco para ser declarado. Entonces, hubo que aprender cómo era el

proceso con Colcultura y los primeros documentos enviados, los devolvieron con muchas correcciones.

En aquella época, no había mucha reglamentación clara sobre el tema y sin embargo, presentamos a Colcultura en 1995 una nueva solicitud. Ellos tampoco estaban muy enterados del tema, motivo por el cual asistieron a una reunión del centro de patrimonio mundial de la Unesco en Paris y de esa reunión, la noticia que trajo la directora de Colcultura, fue que le habían comentado que en América Latina ya había muchos centros históricos declarados y que estaban muy ejemplarizados estos modelos. La propuesta fue que pensáramos en la posibilidad de que Salamina estuviera contextualizado culturalmente de otra manera y nos dijeron que recientemente, en 1995, habían aprobado otra figura que se llamaba 'paisajes culturales' y era una cosa novedosa"

Con este término, la Unesco quería resaltar las intervenciones magistrales y la presencia del hombre en la naturaleza y la naturaleza transformada por el hombre para su beneficio.

"Ese mismo año comenzamos con el tema y como seguíamos con la intención de Salamina, entonces la idea fue estudiar este municipio y el entorno, es decir, el norte de Caldas. La primera propuesta sobre el tema la presentamos ante el Ministerio de Cultura y me preguntaron que con qué derecho decíamos que eso era el PCC cuando había café en Risaralda, Quindío, el norte del Valle, Antioquia, Tolima y correspondía al mismo proceso de la colonización en las mismas tierras, con las mismas características geográficas y climáticas y el café, que enriqueció a toda la región; entonces, convocamos a las gobernaciones a ver si estaban interesados y, como la convocatoria era desde el Ministerio de Cultura, en 1999,

escribimos una carta dirigida a los gobernadores contándoles de que se trataba el tema del paisaje.
Esa carta solo la contestaron de Caldas y el gobernador del Valle. Ninguno de los otros contestó pero aun así, seguimos. Ya después de eso, Caldas nos ofreció su apoyo específicamente desde la secretaría de turismo y recuerdo que un día le estaba contando a la secretaria el proyecto y había un español allí que asesoró al Quindío en su política de turismo. El tipo escuchó lo que yo dije y luego le dijo "ese es el proyecto que deben hacer. Ese es el proyecto que debe unir a la región cafetera y diseñar una política de desarrollo turístico en torno a eso que los une que es el café y ese es el futuro de ustedes".
Porque, a pesar de todo, hay que recordar que después de la separación de los departamentos, hubo una época en la que no se querían ni mirar pero en la década de los 90 se dieron cuenta que era necesario volver a unirse y presentar proyectos en común.
En 1999, en vista de que no respondieron de las gobernaciones al Ministerio, nos pusimos desde la universidad en la tarea de convocar a las universidades de la región porque, como éramos amigos y nos conocíamos del trabajo, teníamos con quien hablar directamente y ahí si vinieron todos.
Al principio todo el mundo venia, nadie pedía plata y comenzamos a estudiar el paisaje hasta el año 2000.
De estas reuniones surgió un primer expediente y Juan Luis Mejía, en ese entonces Ministro de Cultura, le asignó una estrategia que tiene la Unesco a la sede de la Universidad Nacional acá en Manizales. Estamos hablando de las cátedras Unesco de patrimonio donde, en ese año, el tema fueron los centros históricos pero se tocó principalmente el tema del PCC.
La cátedra fue financiada por la Unesco y el convenio Andrés Bello, organizada por el Ministerio de Cultura y vino gente conocedora de patrimonio del país y de todo el continente. Entonces, se habló del PCC y del patrimonio durante quince días y se hicieron talleres con esa gente, donde unos se fueron para Aguadas, otros para Salamina, Neira, Manizales y Palestina. Luego, el tema del paisaje comenzó a coger fuerza entre la gente y entonces el Ministerio de Cultura destinó 10 millones de pesos para hacer el expediente y la gobernación de Caldas otros 10 millones de pesos a través de la secretaría de turismo para hacer este trabajo.

Mientras se apropió la plata y se hicieron los papeleos, llegó noviembre y le ofrecieron a la universidad la creación de este documento. Como ellos iban de salida por las vacaciones y pedían más plata para el proyecto y además había que entregarlo el 1 de febrero del 2001, me pidieron que armara un equipo y dije que sí. Eso había que entregarlo rápido y yo comencé a trabajar en octubre a pesar de que la plata me la dieron en diciembre.
Imagínese, todo el mundo en vacaciones y en feria pero aun así, la gente se portó muy bien conmigo. En Pereira, Jorge Enrique Osorio, me mandaba información, lo mismo gente de Quindío y el Valle y, como ya existían el celular y el correo, facilitaba mucho las cosas. Entonces formé un equipo con cinco muchachos de la universidad acá en Manizales y nos encerramos desde finales de octubre hasta enero en mi oficina llena de computadores con cables, papeles y fotos hasta que se produjo el primer documento y se cumplió con la entrega.

Hubo que mandar el expediente con soportes, libros, estudios e historias, donde incluso perdí un libro y lo más chistoso fue que llegué al Ministerio y me dijeron que no había con que pagar el flete e incluso la Ministra no quería firmar. En mayo llegó la primera respuesta a mi casa del centro de patrimonio mundial, junto a una lista larga de recomendaciones y después, en un viaje personal a Paris, recibí, junto a otros compañeros, una clase sobre patrimonio y sobre cómo hacer expedientes"

FOTO: HUGO GRAJALES

La mayoría de académicos que trabajaron en la creación de este expediente fueron arquitectos y esto se convirtió en un error que se corrigió con el paso del tiempo pues veían el PCC como un problema arquitectónico y por eso, al recibir la clase sobre patrimonio, se dieron cuenta que no era solo arquitectura sino que era todo un tema complejo.

"La visión del primer expediente era tan arquitectónica, que se definieron los pueblos que debían formar parte del paisaje por su valor arquitectónico y urbanístico. En ese entonces estaban Aguadas y Salamina en Caldas; Jardín y

Abejorral en Antioquia a pesar del poco interés de la gobernación; Marsella y Santuario en Risaralda; Salento y Filandia en Quindío; Sevilla y El Cairo en el Valle y el Líbano en el Tolima. Al principio, eran pocos municipios porque nosotros los definimos después de ver que pueblos tenían algún tipo de declaratoria o reconocimiento regional o nacional pero no estaba bien definido.

Entonces me nombran secretario de cultura en el 2004 en Caldas, luego de venir de un año 2003 donde el proyecto estaba medio muerto y en ese momento pongo dos condiciones: continuar con el proyecto de PCC y abrir una Escuela Taller en Caldas. Aceptado esto, continúa el tema del paisaje y conozco a Nuria Sanz, experta en el tema de patrimonio y madrina del proyecto.

En el 2004, desde el Ministerio de Cultura, aprobaron una reunión de los departamentos interesados para hablar sobre paisaje. Ese día se hizo un acta y recuerdo que Antioquia y Tolima dijeron que no estaban interesados.

Así, nos organizamos con la parte técnica, creando equipos por departamentos; las universidades, gobernaciones, comités y corporaciones autónomas; la cosa se volvió una pasión.

Ya en el 2007 se entregó un segundo expediente involucrando otros aspectos, con una visión más global de paisaje como la parte social, las expresiones de la cultura, el patrimonio inmaterial y el cuento se volvió más complejo donde cada reunión era una asamblea, algunas veces con más de 90 personas.

Luego de eso, nos fuimos para el comité de cafeteros de cada departamento a decirles que el estudio se podía quedar en una biblioteca o podía llegar a ser realidad si les interesaba.

Al Ministerio de Cultura también llegamos diciendo que era competencia de ellos porque nosotros habíamos logrado lo nuestro que era el estudio para la valoración y el conocimiento; el Ministerio era quien debía llevarlo a la Unesco pero había que tener información de los cafeteros que ellos no habían dado.

En enero del 2008 tuvieron reunión los directores de los comités de cafeteros y estuvieron de acuerdo en que había que hacerlo por lo cual lo presentaron al director nacional y todo el mundo quedo maravillado con el cuento. Luis Fernando Samper y Lina Rivas, de la Federación de Cafeteros, estuvieron en esa reunión y desde ese momento los cafeteros se subieron a la chiva y no se han vuelto a bajar.

Ya la cosa cogió otro rumbo pues ellos contrataron al Centro de Estudios Regionales Cafeteros y Empresariales-CRECE, quien se encargó de recoger la información de cuatro departamentos para poder sacar el expediente final, documento que no lo hay en la gobernación de Caldas y a duras penas lo tenemos los académicos. Se empezó a contratar diseñadores y fotógrafos bogotanos y empezó el centralismo".

Sin embargo, Lina Rivas, secretaria ejecutiva del Convenio 1769 del 2009 firmado por la Federación de Cafeteros y el Ministerio de Cultura, afirma que sí se está trabajando en pro de la gente de la región desde los comités departamentales porque se tiene la infraestructura para llegar a la comunidad y los proyectos para educar, no solo sobre los temas cafeteros sino también sobre la declaratoria como un proceso que puede sacar adelante a todos los habitantes de la región.

Para ella, hablar sobre la historia del PCC, es empezar efectivamente por esos académicos que iniciaron un "proceso en Salamina con el fin de fortalecer la riqueza cultural y escenográfica del lugar y quienes recibieron una negativa por parte de la Unesco para declarar ciudades pero una opción en declarar algo de identidades homogéneas que tenía esta región".

La inquietud de los académicos se tradujo en un trabajo articulado de las regiones en las que podía haber homogeneidad en unos atributos que ampliarían los horizontes de lo que se pensaba podía ser declarado como patrimonio. Por ende, luego de concretar unas mesas de trabajo, en el 2007 el Ministerio de Cultura pide apoyo a la

FOTO: HUGO GRAJALES

Federación, pues es este gremio quien tiene la georeferenciación y efectivamente, el tercer expediente que se envía es el que aceptan incluir en la lista de patrimonio de la Unesco.

Los cuatro valores excepcionales establecidos para manejar el PCC y que están incluidos dentro del Plan de Manejo de la Federación de Cafeteros son:

1) El esfuerzo humano, familiar, generacional e histórico para la producción de un café de excelente calidad.

2) La cultura cafetera para el mundo.

3) El capital social estratégico construido alrededor de una institucionalidad.

4) La relación entre tradición y tecnología para garantizar la calidad y sostenibilidad del producto.

El Plan de Manejo es entonces, un documento que expresa cómo se actúa sobre un territorio, de acuerdo con sus posibilidades productivas, ambientales, sociales y culturales. Este mismo establece las acciones que se requieren para prevenir, mitigar, controlar, compensar y corregir los posibles efectos o impactos negativos y cómo aprovechar los efectos positivos causados en desarrollo de un proyecto, obra o actividad.

Según Rivas, "está dirigido a conservar los cuatro valores excepciones, a través de seis objetivos estratégicos, cada uno con sus tareas y entidades responsables. Esas estrategias e iniciativas tienen asociados indicadores de gestión que se monitorean constantemente. De esta manera se mantiene información relevante y actualizada sobre su conservación".

No obstante, la comunidad en general y muchas personas que están inmersas en la declaratoria, como Marta Usaquén, después de cuatro años de la declaratoria, aún se preguntan ¿Cómo ha avanzado el proceso hasta este momento?, ¿Cómo van esos asuntos?
El sentido de incluir un espacio en una lista es porque este se encuentra en peligro.
Usaquén sostiene que "a pesar de ser un reconocimiento no es un premio, es más bien un llamado de atención al contexto social para decirles: ustedes tienen algo muy especial que si no lo cuidan va a desaparecer"

El PCC tiene tres riesgos que no se pueden dejar de lado. En primer lugar, existen otros lugares que están produciendo café de excelente calidad y en las mismas condiciones en que se produce el de esta región; en segundo lugar, un asunto complejo en el sentido que la Federación de Cafeteros se ha convertido en el centro de este proceso y; por último, las amenazas de la minería para las posibilidad de aprovechamiento de la declaratoria.

Germán Murillo, caficultor de Neira, municipio de Caldas, dice que el PCC si tiene futuro si "le invierten a lo que es el agro, porque si solamente lo van a usar para atraer recursos a los municipios o a la ciudad y lo van a gastar en otras cosas que no tengan que ver con el agro, nunca va a tener efecto" y en él se ven reflejada una de las opiniones de los propios cafeteros de la región.

Cristina Otálvaro, alcaldesa de este municipio, sostiene que "no estábamos preparados para asumir los retos que conlleva la sostenibilidad de un proyecto de esta envergadura. Ya teníamos problemas en el sector agropecuario que no podemos separar del sector cafetero, entre ellas el deterioro de viviendas rurales, caminos en condiciones dudables, el incremento de la migración del sector rural a las ciudades, afectación en micro cuencas y el cambio de modernismo de nuestra arquitectura"

Sin embargo, los municipios del PCC han aprendido sobre la declaratoria, su importancia e impacto. Ha sido un camino largo para emprender con la idea de obtener recursos que permitan no solo la recuperación del paisaje sino también la continuidad de los elementos que hacen parte del mismo. Para Otálvaro, "en los municipios hay tres retos: velar por todos los ciudadanos, ser parte activa del PCC para

darle cumplimiento a las políticas de la declaratoria y mejorar calidad de vida de los caficultores"

En este sentido están dirigidos los objetivos específicos de cada valor excepcional y los indicadores del Plan de Manejo. El primer valor cuenta con dos objetivos específicos: Fomentar la competitividad de la actividad cafetera y promover el desarrollo de la comunidad cafetera y su entorno, a través de expansión de la cobertura del servicio de la Federación, de programas de relevo generacional y capacitaciones en gestión empresarial que se realizan en los diferentes municipios.

Para el segundo valor hay un objetivo específico basado en conservar, revitalizar y promover el patrimonio cultural y articularlo al desarrollo regional principalmente a través de la Escuela Taller en Salamina, donde se han capacitado, según indicadores de la Federación, un total de 1.100 personas en oficios tradicionales del PCC como la construcción, carpintería, cocinas tradicionales y talleres de café.
En el tercer valor se encuentran dos objetivos específicos: fortalecer el capital social cafetero e impulsar la integración y el desarrollo, motivo por el cual se crea el comité técnico de turismo PCC y se genera un trabajo interinstitucional e interdepartamental para la formulación y presentación de proyectos para promoción nacional e internacional, fortalecimiento empresarial y señalización por más de $10 mil millones.

El último valor excepcional tiene como objetivo estratégico, apoyar la sostenibilidad productiva y ambiental del PCC a través de proyectos productivos relacionados con el café y de la adopción de tecnologías que apoyen la calidad y sostenibilidad del paisaje.

"Hemos hecho mucho y nos falta mucho" señala Lina Rivas sobre el paisaje porque, como ella dice, la Federación no tiene como intervenir en los temas culturales ni tiene como llegar a todos los habitantes, a pesar de que los diferentes actores del PCC pueden llegar al comité de su municipio a preguntar sobre la declaratoria. Ella reconoce que la Unesco no declara un sitio patrimonio por lindo, sino por riesgo de que se pueda perder, convirtiéndose así en una señal de alerta para que lo valoren.

El PCC ha sido abordado desde muchos sectores pero uno que juega un papel importante en los objetivos específicos en pro de la sostenibilidad de los valores excepcionales es el turismo. Otálvaro asegura que "mientras sigamos pensando que la declaratoria del PCC es solo turismo, no cuidaremos lo que es realmente importante: nuestro producto insignia; nuestra cultura, nuestra tierra y nuestra arquitectura"

Es necesario salirse del nicho del turismo porque, como afirma Usaquén, "si bien es cierto que este sector es una opción, es de gran importancia que sea un turismo normado y controlado que respete las cargas que estos municipios son capaces de soportar" y que no sea este el único propósito que tenga la región declarada como Patrimonio Cultural.

La Unesco, en su labor como organismo responsable, recibe los reportes sobre el avance de las diferentes iniciativas y también tiene el derecho de enviar equipos de monitoreo para evaluar que los distintos programas dirigidos a la conservación del PCC se estén cumpliendo. Rivas afirma que "en nuestro caso, con cualquier cambio se puede deteriorar el patrimonio por lo cual, el Estado es responsable ante la Unesco y el mundo de mantener esta declaratoria"

FOTO: HUGO GRAJALES

El Consejo Nacional de Política Económica y Social –CONPES, firmó el 13 de febrero de 2014 el documento de política pública CONPES 3803 "Política para la Preservación del Paisaje Cultural Cafetero de Colombia", en el cual se aprueban más allá de los 104 mil millones en inversiones que contempla el documento para la zona.

Según Oscar Arango, ejecutivo de desarrollo regional y profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira, "ahora tenemos la oportunidad de contar con una política de Estado, lo cual significa que 12 de los ministerios del Gobierno Nacional estarán integrados con responsabilidades específicas en la tarea de hacer sostenible el PCC".
Por parte de la Federación, y con el fin de realizar reuniones para analizar temas relacionados con el PCC, existe un comité directivo nacional, un comité departamental, un comité técnico regional y comités municipales del PCC donde las universidades, hasta hace poco, no tenían asiento. A partir de la solicitud por parte de los académicos de un asiento en el comité directivo, entró Fabio Rincón, docente de la Universidad Nacional de Manizales, quien, como asegura Juan Manuel Sarmiento, apenas entro al cuento del PCC en el 2000, pero con quien se espera jugar un papel más importante en las decisiones que giren en torno a la declaratoria.

A pesar de estas reuniones y de la firma del documento CONPES, Rivas sostiene que ni la Federación ni el Ministerio tienen los recursos suficientes para los proyectos a realizar. Entonces, ¿a dónde van a parar los recursos asignados?

Arango sostiene que la mayoría de estos recursos, por lo menos el 60 por ciento, "están dirigidos al mantenimiento de vías terciarias o infraestructura vial y, si no se continua con la tarea de repensar y acomodar un modelo que propicie la descentralización y la autonomía; potencie la presencia municipal; fortalezca el tejido interinstitucional; genere espacios para la cadena productiva de cafés especiales y se dote de un plan estratégico que, además de atender los lineamientos del Plan de Manejo, responda por lo establecido en este CONPES, no se va a poder mantener el PCC"

Teniendo en cuenta esto, Cristina Otálvaro, alcaldesa de Neira, hace un llamado muy especial a la institucionalidad sobre el tema del PCC pues para ella, si no se trabaja primordialmente en el relevo generacional y la educación en las escuelas rurales, lo otro no se va a poder lograr. "No hemos pensado en la tecnificación durante la producción del grano en las fincas, en el mejoramiento de la habitabilidad de caficultores, en las vías de acceso y salida de procesos cafeteros ni en la capacitación constante de nuestra población rural para establecer los beneficios de la declaratoria"

Este relevo generacional de caficultores se convierte en una tradición de generación en generación que poco a poco da a conocer el proceso y la forma de producir el café en las regiones rurales. El hecho de que este relevo cada vez disminuya más, hace difícil conseguir mano de obra en los tiempos de cosecha y hace que los procesos cafeteros se vean cada vez menos atractivos para los jóvenes.

Por esto, Otálvaro sostiene que "el hecho de no generar condiciones dignas y mejoramiento de la caficultura en nuestras regiones, conlleva a que no sea un producto atractivo para los jóvenes, quienes encuentran en otras áreas la salida para cumplir con sus necesidades básicas", lo cual hace pensar en la necesidad de brindar herramientas desde la escuela y el colegio rural para que se continúe con la tradición y vean la rentabilidad de tener su finca cafetera o al menos, trabajar en este sector.

Un sector cafetero que ha salido adelante gracias a

los campesinos de la zona rural que toda la vida han tenido que luchar por no dejar que los grandes cafeteros terminen con sus ganancias. Dice con tristeza Marta Usaquén que “los cafeteros si no son grandes cultivadores, la han pasado muy difícil. Toda la historia del PCC es una historia de sacrificio de la gente más pobre y son los que menos han conseguido con el paso del tiempo”.

Así pues, el hecho de inscribir un paisaje como bien de interés cultural de la humanidad exige articular esfuerzos en el ámbito internacional para su cuidado y protección. Lo que esta declaratoria busca reconocer es que existe un patrimonio cultural único e irremplazable que es amenazado por causas naturales, entre ellas, la evolución acelerada de la vida social y esto requiere de un sistema eficiente de protección colectiva que trascienda las fronteras nacionales. Igualmente, la declaratoria sirve para diseñar medidas e implementar proyectos que garanticen la protección, conservación y revitalización del patrimonio cultural de valor excepcional.

Otálvaro, quien ha estado al frente de su municipio durante el tiempo de la declaratoria, asegura que es necesario “mejorar las condiciones de nuestros productores porque sin ellos no tendríamos cultura cafetera para mostrar. Se necesita impactar en una mayor cantidad de población del PCC, educando a los campesinos en el cuidado de la arquitectura y de lo relacionado con el paisaje” para que así haya un buen funcionamiento y la comunidad se prepare ante los retos que se presenten a hora de poner en marcha lo que traiga la declaratoria.

Juan Manuel Sarmiento, dice estar en desacuerdo con el manejo de la declaratoria en la actualidad. “Los que cargamos ladrillos fuimos nosotros y por eso, cuando se envió el expediente final y la Federación se montó a la chiva, le perdí la pista. Me desligue porque no estoy de acuerdo como se han apropiado del tema el Ministerio de Cultura y la Federación, además porque no tiene sentido que un problema regional se maneje desde Bogotá”.

En sumatoria, y a pesar de los problemas de algunas personas con el manejo de la declaratoria, lo importante es entender que el principal objetivo de la inclusión de la región en la lista de Patrimonio Mundial no es otro que aumentar en la población la apropiación de la riqueza cultural, arquitectónica, natural y productiva porque será de esta manera que se hará un reconocimiento mundial a los valores excepcionales de la región y por ende, se logrará la visibilización mundial del paisaje vivo en el que vivimos.

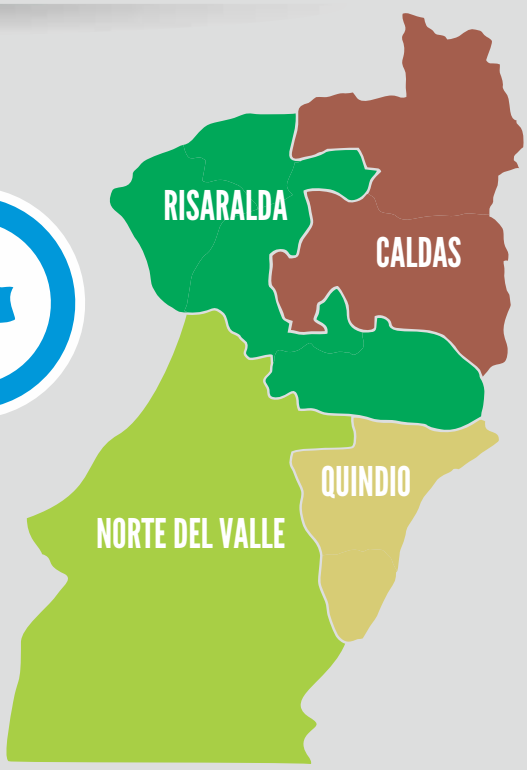
¿Qué estamos esperando para pasar del dicho al hecho?, porque es necesario que todos los habitantes actuemos y pongamos no un grano de arena, sino un grano de café, para que las cosas tomen el rumbo que debe ser en nuestro PCC y que no se queden en proyectos escritos los beneficios que pueden llegar a los habitantes y principalmente a los cafeteros, que son la base de la región.

FOTO: HUGO GRAJALES

TRAS LOS RASTROS DEL PAISAJE CULTURAL CAFETERO

EL PCC CUENTA CON

51 MUNICIPIOS



DEPENDEN DEL CAFÉ

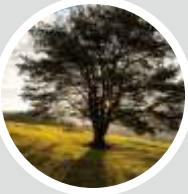
80 MIL PERSONAS

ATRIBUTOS EXCEPCIONALES

15

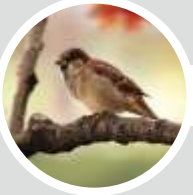
141.120 HECTAREAS

EN SU ZONA PRINCIPAL



ESPECIES DE ARBOLES

62



100

ESPECIES DE AVES

EDAD PROMEDIO ENTRE LOS CAFETEROS DEL PCC

53 AÑOS

10.000 MILLONES

PLAN ESTRATEGICO DE DESARROLLO TURISTICO DEL PCC

FINCAS CAFETERAS

24 MIL

Fuente:
www.paisajeculturalcafetero.org.co
Revista Semana

EL CAFÉ ES VIDA

“Yo amo el café” es la primera y la última frase que menciona Maria Angélica Trejos en la conversación. Ella es una de las 3000 personas que viven del café en el municipio de Quinchía, Risaralda, pero es también una líder y juega un papel muy importante en la región.

Es una mujer soñadora y enamorada del café que creció en medio del cafetal: lavando café, escogiendo, vendiendo y que poco a poco se enamoró más, no solo del producto sino también de los caficultores, esos seres pujantes que sacan adelante a sus familias a pesar de las dificultades que deben sortear.

Sus padres eran cafeteros por tradición y, junto a sus cinco hermanos, tuvo la oportunidad de disfrutar y trabajar ese terreno de seis hectáreas que pronto pasaría a estar en sus manos y las de sus hermanos pues, como sucede en la mayoría de predios, el terreno se divide entre los hijos y así va creciendo el minifundio que identifica al municipio.

Doña Angélica, como todos la llaman, dice haber estudiado bachillerato en el Colegio Agrícola Veracruz en Santa Rosa de Cabal gracias a una beca del Comité Departamental de Cafeteros y que es gracias a venir de una familia cafetera, que esto pudo ser posible. Siempre ha estado detrás del café porque, a pesar de no haber estudiado una carrera agrícola en la universidad, lo que aprendió como administradora de empresas, le sirvió para gerenciar Apecafeq, empresa que fundó y que no pensó que llegaría tan lejos.

“Soy caficultora y amo el café porque me ha dado mucho: la vida, el estudio, la profesión, viajes; el café ha sido la vida y por eso estoy acá. Por el café hace 21 años cree el proyecto de la asociación en el municipio y mire que hemos llegado muy lejos” comenta doña Angélica con una sonrisa que ni el día más oscuro puede borrar.

Apecafeq significa 'Asociación de Pequeños Cafeteros de Quinchía' y hoy en día cuenta con 481 asociados. Empezó hace 21 años como un proyecto pequeño y con doña Angélica a la cabeza. Para ella, "todo han sido cosas buenas y hermosas para la organización", la cual, gracias a esas 481 familias, se hace cada vez más fuerte y hace que ella no se canse de seguir trabajando por esas personas que creyeron en ella al inicio y lo siguen haciendo ahora.

Como la mayoría de proyectos, empezó sin un peso. A través de la investigación, el documento final se mandó a Holanda con el apoyo de James Maya, a quien doña Angélica le está profundamente agradecida. Fueron dos años de espera después de mandar el proyecto hasta que enviaron a las personas que realizaron la inspección y constataron la necesidad de tener el proyecto vinculado al sistema de comercio justo. "El proyecto se presentó en marzo de 1994 y en 1996 ya estábamos recibiendo cinco millones de pesos que era mucha plata y no queríamos gastar" recuerda ella con un poco de pena. "No teníamos un proyecto donde invertir y destinamos eso a un fondo rotatorio que aún funciona para prestarle a los asociados dinero para comprar fertilizantes".

La organización no recibe dineros de nadie. Cuenta con 20 centavos de dólar por libra que vende a los clientes que compran a nivel internacional y de eso vive. El café lo exportan a través de Expocafé y la Federación y, en el 2014 lograron exportar 4331 sacos de café excelso que generaron 344 millones de pesos destinados a los asociados. Doña Angélica hace una invitación a todos los cafeteros a salir y ofrecer su producto porque "para vender esa cantidad tenemos que trabajar mucho. Conseguir clientes, participar en ruedas de negocio, promover el café que tenemos, tener relaciones personales y salir".

Después de 20 minutos de conversación, hace énfasis en la visita de una auditora alemana que les abrió los ojos. Recuerda que les dijo "si se acabara el sistema de comercio justo y ustedes no volvieran a tener esos recursos, ¿qué harían?" y justo ahí fue cuando pensaron en la idea no solo de conseguir una casa propia sino también de conseguir la maquinaria necesaria para mejorar los procesos, abrir un pequeño laboratorio para ofrecer un mejor café con las calidades requeridas por el comprador y hasta abrir un café al paso, tan necesario en Quinchía.

Al no tener sede donde realizar las reuniones, surgió la necesidad de comprar un lugar para reunirse y tener la oficina. Ella se encargó de hablar con los delegados de la asamblea y todos dieron su apoyo en el 2010 para comprarla, arreglarla e instalar allí sus nuevos elementos de trabajo. Doña Angélica dice que aprovecharon la oportunidad en el momento justo porque con el café, "nunca se sabe cuánto se va a vender por año". Cinco años después, la historia es diferente porque, además de contar con una propiedad, ya aprobaron la compra de otro local grande donde puedan tener las maquinas, un camión, acopiar café, ubicar la tostadora y tener una amplia sala de reuniones.

La tienda de café al paso 'XIXARACA' tampoco estaba en la mente de la asociación. Nació a partir de la iniciativa de doña Angélica de invadir el pueblo de café de Quinchía, de un café de excelente calidad por tradición. Ella quiso extender la invitación a los habitantes del municipio a tomar el café propio para luego, después de que lo conozcan allí, venderlo a nivel departamental, nacional e internacional.

Incluso sostiene que "en el inventario de lugares turísticos para el PCC, la tienda ocupó el primer lugar porque todo el que venga se puede tomar un café allí y puede disfrutar de productos hechos cien por ciento con café de la región".

A pesar de los problemas con el relevo generacional, la minería y el pesimismo de algunos cafeteros, doña Angélica sabe que el café da para vivir. Afirma que

FOTO: HUGO GRAJALES

“ahora más que nunca, sabemos que el café está para producir y que lo que estamos haciendo en este momento con la venta del café propio fue algo que se debió haber hecho hace rato”.

Se declara optimista con el futuro de la caficultura y sostiene que “va a faltar café para vender porque es un producto que se puede vender como sea. Es el único producto que usted coge y sabe que está cogiendo plata”. Con la declaratoria a la región como PCC le ve más futuro a la producción del campo y se alegra al saber que a ‘Villa de los Cerros’, marca de café que producen en la asociación, todo el mundo lo conoce y se convierte en una gran ventaja.

FOTO: HUGO GRAJALES

Café Didier

PROHIBIDO QUEDARSE QUIETOS

De alguna manera u otra, los habitantes del Paisaje Cultural Cafetero saben en qué lugar viven, un espacio lleno de zonas verdes, gente amable y sonidos armónicos y quienes, a pesar de algunas irregularidades, buscan la manera de seguir adelante.

Somos descendencia de colonos antioqueños, pero también de valientes tolimenses, vallunos y caucanos que, a partir del sudor de su frente y conviviendo diariamente, forjaron la cultura que identifica a los 51 municipios que hacen parte del PCC.

Por ello, los pobladores y productores son los agentes sociales más importantes en el proceso de conservación y desarrollo del PCC, pues son quienes a través de la utilización de los recursos, transmisión de los valores culturales y sociales y autodeterminación para generar una identidad propia, se encargan de continuar con el legado de los antepasados.

"El compromiso de la institucionalidad y la existencia del gremio cafetero deberán garantizar, a pesar de los impactos sociales, económicos y productivos que podrían conllevar la inscripción, se preserve la identidad cultural que no tiene igual en ningún otro paisaje cultural productivo en el mundo", afirma Cesar Velandia, Director de Patrimonio del Ministerio de Cultura. Pero para conservar esto, es necesario fijar la mirada en dos grandes amenazas: la minería que afecta a varios de los municipios inscritos en la declaratoria y la inclusión de normas especiales en los Planes de Ordenamiento Territorial.

En primer lugar, la minería afecta a varios de los municipios inscritos en la declaratoria y se convierte en un dilema para los departamentos que se debaten entre la oportunidad económica y el futuro de sus paisajes.

Aunque el Quindío se ha declarado en contra de la locomotora minera para proteger la vocación agrícola y el turismo rural; Caldas y Risaralda aún tienen una gran cantidad de autorizaciones para explotar los territorios mineros.Risaralda tiene patrimonio mineral en nueve municipios con oro, plata, carbón y manganeso y hasta hace dos años, tenía 94 contratos mineros, entre títulos, licencias de exploración, explotación y autorizaciones temporales. No obstante, el número grande era el de solicitudes, sumando más de 360.

En Caldas, en el municipio de Marmato, existen reservas certificadas en 12 millones de onzas de oro que se traducen en centenares de millones de dólares en el mundo.[1] Entonces, ¿Cómo va el proceso de minería después de conocerse las normativas del PCC?

FOTO: HUGO GRAJALES

1 La minería en su laberinto. El giro del eje. Especial Revista Semana. 2012

La declaratoria estableció la recomendación de “no autorizar ninguna actividad minera dentro de la propiedad y de sus alrededores inmediatos” pero se puede ver que aún existen espacios explotados por empresas mineras.

El Gobierno colombiano aclara que no se han autorizado nuevas solicitudes de actividad minera después de la declaratoria y, con la integración de la mesa técnica ‘Minería en el PCC’, poco a poco se han ido controlando estas explotaciones.

A pesar de que sin esta actividad, los costos de vivienda, obras públicas y otro tipo de infraestructura aumentan considerablemente debido a que habría que trasportar los minerales provenientes de otros departamentos como Tolima, Valle o Cundinamarca; es necesario detener la minería en municipios declarados como PCC por el alto impacto ambiental y social, además de los riesgos para la actividad cafetera.

De esta manera, el Presidente Juan Manuel Santos manifestó que en los planes del gobierno está apoyar la minería en sitios estratégicos pero no en todos los lugares pues afirma que “no podemos autorizar que desarrollen actividades mineras en la zona del PCC”.

Por otro lado, una problemática grave del PCC es la poca atención que le brindan ciertos gobiernos a la declaratoria y a la inclusión de esta en los Planes de Ordenamiento Territorial –POT. “Las mismas administraciones pocas veces van a reuniones y no están enterados. Sin este compromiso político es poco lo que se puede hacer”, afirma Lina Rivas, secretaria ejecutiva del PCC.

FOTO: CESAR AUGUSTO ROMERO

No se puede cargar la responsabilidad completa en la Federación y el Ministerio. Hay que hacer un llamado a las administraciones para que se apropien de la declaratoria e incluyan en sus planes de gobierno, lineamientos que vayan en pro de la sostenibilidad y conservación del PCC.

Ahora que llegan elecciones de gobernadores y alcaldes, se extiende una invitación a los candidatos a conocer sobre este reconocimiento mundial y a ser parte activa de los planes y proyectos no solo para mejorar la calidad de vida, sino también para generar desarrollo en sus respectivas regiones.

El POT de los 47 municipios frente a los estatutos del PCC debe hacer una delimitación de las áreas de expansión urbana, los usos suburbanos y actividades económicas permitidas, la conservación del suelo agrícola y del suelo productivo de café, la conservación de las unidades agrícolas familiares que soportan la estructura del minifundio; los cuales, de no realizarse de forma sostenible, amenazarían la integralidad y conservación del paisaje.

El PCC es un paisaje que se convierte en una oportunidad de desarrollo y el cual, para no quedar rezagado, debe proyectarse como un destino integrado que se renueve y ofrezca una gran diversidad de opciones, no solo al público internacional sino a los mismos habitantes, quienes necesitan formación para apropiarse del PCC y un entendimiento por los valores excepcionales de la región.

Es necesaria una política integral en cada municipio para el PCC, de manera tal que entre todos se cree ese futuro vital para la declaratoria. También se debe fortalecer el conocimiento de las comunidades para la apropiación social del patrimonio cultural y natural; deben existir líderes y actores comprometidos con la formulación de proyectos que no solo se presenten para obtener recursos sino que sean realizables en un plazo de tiempo determinado.

Todos tenemos la responsabilidad de contribuir a generar una mejor calidad de vida entre los habitantes del Paisaje Cultural Cafetero para que así esta tierra se convierta en un lugar digno de admirar en Colombia y el mundo entero.

FOTO: ANDRÉS MORALES